

Escribir es cuestión de estilo

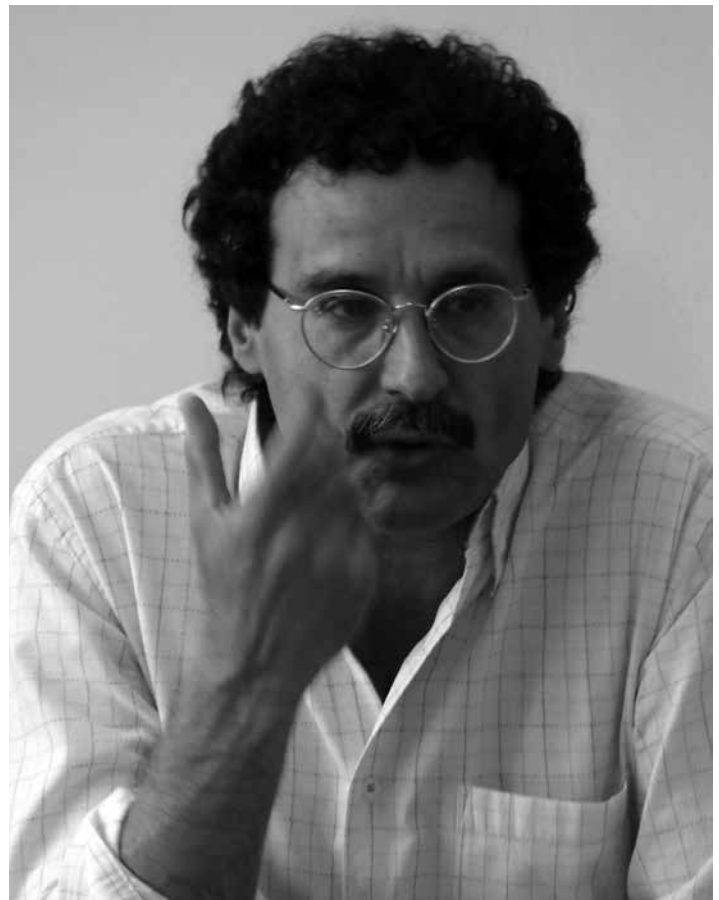
El idioma materno de Fabio Morábito

Rafael Toriz

TANTO EN EL MUNDO COMO EN LA LITERATURA, una de las virtudes más difíciles de encontrar suele ser el sentido común, especie de brújula que sirve para orientar búsquedas, confirmar horizontes o inaugurar determinados senderos. Por ello mismo, cuando aparece el sentido común —que para el caso que nos atañe no sería sino ver las palabras con la claridad con la que lo hacen los niños, como un atajo— resulta llamativo y desconcertante. Tal es el caso de Fabio Morábito, un infante fugado en el mundo de los adultos.

Se ha reparado con frecuencia, acaso demasiado, en un hecho que me parece neurálgico pero no definitivo: el cambio de lengua del idioma materno a un segundo idioma, lo que en efecto es clave para entender su circunstancia pero en ningún caso se trata de una potestad exclusiva: cualquier escritor de valía sabe que escribir es siempre aprender una lengua extraña, materia plástica a la que se accede desde el balbuceo y que nunca alcanza a dominarse a plenitud. Por ello Thomas Mann señalaba que la diferencia elemental entre un escritor de quien no lo es radica en que al primero escribir le representa un esfuerzo titánico.

La colección de ensayos breves en donde se dan cita la autobiografía, el apunte, el relato y la bitácora de lecturas bajo el título *El idioma materno* es interesante por varios aspectos; entre otros, por la profunda contención que demuestra el autor, sometiendo sus ejercicios prosísticos —de una transparencia profunda y amigable—



Fotografía: Alejandro Arteaga

a un número específico de caracteres, lo que permite calibrar sus mecanismos internos como una pieza de orfebrería. Morábito, poeta de primera, se enfrenta a los textos como alguien que sabe que puede ser vencido; se trata de cimas que hay que conquistar, a la manera en que trabajan los ingenieros y los artesanos: “la idea de la poesía entendida como faena, como apuesta, como jugada que puede o no resultar ganadora, está del todo ausente de gran parte de la poesía que se escribe hoy... Sería bueno que en los talleres de poesía se les diera a los alumnos unos fierros retorcidos para entrenarlos a abrir cerraduras”. Cerraduras. Oficio: herramientas. Uno de los libros más hermosos del mexicano nacido en Egipto en 1955 se titula precisamente *Caja de herramientas*, donde cada uno de los elementos se encuentra definido por sus límites, dentro de un espacio específico. Cualidad de buena parte de sus libros (“mi mayor influencia literaria no es tal o cual poeta insigne, sino la línea de maletas Samsonite”).


Otro rasgo elocuente es la recuperación de los espacios de la infancia, esos lugares cerrados a los que son proclives los niños, porque alcanzan a dimensionar sus confines. En una entrevista al respecto de si la infancia decide la vida de las personas, responde con aplomo: “Seguramente sí. El problema es que la infancia es tan rica en episodios, y luego los episodios recordados siempre son tergiversados por quien los recuerda, que buscar el episodio decisivo es una quimera, una utopía”. En sus libros todo parece decisivo y a la vez circunstancial.

Testimonio de sus lecturas, algunos instantes de *El idioma materno* alcanzan profundas alturas metafísicas: “Coetzee ha leído a Dostoievsky y sabe que la humillación es un secreto reconocimiento del otro. Se humilla para incorporar, para ingerir, porque el humillado es parte de uno y no se puede humillarlo sin ponerse en su lugar, por eso sólo humilla aquel que ha sido humillado a su vez, o que teme serlo y quizá lo desea secretamente”.

Morábito, como Clarice Lispector, suele componer en sus viñetas atmósferas tangibles de la niñez, como esos espíritus especiales que son capaces de recordar todo lo que les sucedió antes de los doce años, cuando el hecho de que se rompiera un termómetro en casa constituía una inesperada fiesta vespertina. Por ello es recurrente la voluntad de volver a lugares improbables

donde se ha vivido, casas y momentos frágiles donde Fabio Morábito: (“A fuerza de mudarme/ he aprendido a no pegar/ los muebles a los muros,/ a no clavar muy hondo,/ a atornillar sólo lo justo”, se lee en su poema “Mudanza”).

Autor preocupado por el gesto, el rostro y el semblante, es posible decir que este libro es un libro sobre el estilo, esa marca del escritor que le da a su tono y su respiración una impronta única: los textos de Morábito caminan y sugieren, pero sobre todo *respiran*.

Al hablar de la tarea del escritor, que compromete su ser incluso al escribir un justificante médico, un apunte ocasional o incluso su carta suicida, es que despliega con nitidez el nudo de su poética, que en su caso implica también un ademán: “Cuando termina está agotado, tiene hambre y lo que menos desea es suicidarse. El estilo le ha salvado la vida, pero quizá fue por el estilo que quiso acabar con ella; tal vez uno de los resortes de su gesto fue la convicción de ser un escritor fallido y tal vez lo sea, como lo son todos aquellos que pretenden escribir el justificante perfecto, que son los únicos a quienes vale la pena leer. Escriben para justificar que escriben, la pluma en una mano y una soga en la otra”. 



Fabio Morábito
El idioma materno
México, Sexto Piso, 2014, 178 pp.